

EL MUNDO

Lunes, 5 de julio de 2004. Año XV. Número: 5.031.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

Sólo hay una salida para EEUU: votar demócrata

MICHAEL PORTILLO

En mi distrito electoral vive un hombre con un solo brazo, que afirma que unos soldados norteamericanos le rociaron la cara con gas mostaza, lo que le hizo vomitar; luego le metieron la cabeza en la taza de un retrete y tiraron de la cadena y, a continuación, mientras le mantenían maniatado, le clavaron las rodillas encima y le pegaron puñetazos y patadas. Cuenta que, durante los casi dos años que pasó en la Bahía de Guantánamo, soportó un gran número de brutalidades.

La primera vez que oí semejantes acusaciones las consideré absurdas y pensé que el periódico que las había publicado se había dejado engañar. Un portavoz del ejército de los Estados Unidos las calificó de «simplemente falsas». Después del escándalo de las torturas a prisioneros en la cárcel de Abu Ghraib, en Bagdad, por supuesto que me las creo. El testimonio de ese hombre es perfectamente coherente con lo que hemos visto en fotografías y vídeos.

Su fiabilidad como testigo no es absoluta porque tiene antecedentes delictivos, aunque no muy graves, y porque fue arrestado en Afganistán durante la guerra contra los talibanes. El que yo acepte ahora su palabra por encima de las declaraciones oficiales de un representante de los Estados Unidos constituye un síntoma de hasta qué punto éstos han perdido credibilidad incluso entre sus admiradores más ardientes, entre los cuales me cuento.

No me arrepiento de haber apoyado la Guerra de Irak. El desafío de Sadam Husein a las leyes internacionales representaba un peligro para la zona y, en la medida en que sus científicos seguían trabajando en armas de destrucción masiva, los riesgos podían haberse extendido sin tardar a otras partes del mundo. La debilidad de los Estados Unidos a la hora de enfrentarse a él y por otro lado a Al Qaeda entre 1991 y 2001 significó un incremento de la vulnerabilidad de Occidente. Particularmente después de la retirada de

Somalia, consecuencia de la pérdida de unos pocos hombres en 1993, los Estados Unidos se volvieron tímidos. Sus respuestas a los atentados terroristas y a la provocaciones de Sadam se quedaban a medias. La enérgica política exterior de Bush hijo supuso, respecto a la de Clinton, un cambio que recibió una buena acogida.

Si además Bush ocultaba otras motivaciones, tanto mejor. Las personas a las que les atraen las teorías conspiratorias aseguran que, en realidad, la Guerra de Irak estaba relacionada con el tema del petróleo. Bueno, si los Estados Unidos están ansiosos por asegurarse el suministro de energía que hace posible la vida en el mundo moderno, no es un objetivo que no merezca la pena. Pero, en realidad, no tenían ningún interés especial en el petróleo de Irak, porque mal que bien podemos arreglárnoslas sin él.

A los Estados Unidos les importaba disponer en Oriente Medio de soldados que pudieran desplegarse para proteger campos petrolíferos y oleoductos por toda la zona. Sin embargo, se estaba comprobando que tenerlos acantonados en Arabia Saudí, la tierra de los santos lugares, resultaba hiriente para la sensibilidad de los musulmanes. Nosotros, los europeos, que durante varias décadas hemos demostrado muy poca gratitud a los Estados Unidos por protegernos de la Unión Soviética, hemos dado asimismo muestras de un desprecio olímpico por lo que en realidad no es otra cosa sino un esfuerzo inversor de los norteamericanos para garantizar la calefacción y la iluminación de nuestras escuelas y hospitales.

Los neoconservadores que accedieron a puestos de gobierno con George W. Bush son personas con mucha experiencia que constituyen un gabinete de gran categoría. Algunos son amigos míos. Profeso una enorme simpatía por sus puntos de vista como, por ejemplo, el que deriva en su falta de entusiasmo por unas Naciones Unidas gravemente afectadas por la corrupción. Aunque resulte poco hábil expresándose, Bush puede ser un segundo Ronald Reagan, capaz de fijar unos objetivos políticos claros y simples. Sin embargo, resulta sorprendente que un Ejecutivo tan formidable haya cometido tantos errores, y tan desastrosos.

A partir del 11 de septiembre, el guión de la guerra contra el terrorismo se había escrito solo. Jamás desde los tiempos de Adolf Hitler habían estado los aliados tan seguros de enfrentarse a un demonio tan incalificable. Unos terroristas despiadados, nacidos y crecidos a la sombra de regímenes represivos amenazaban nuestra libertad y conspiraban para aplastar el sistema de valores que había traído al mundo justicia y prosperidad.

Resulta totalmente inverosímil que el Gobierno de los Estados Unidos no cayera

desde un principio en la cuenta de que su actuación en las guerras contra los talibán y contra Sadam tenía que ser irreprochable y que, en caso contrario, todo el mismísimo fundamento moral de la campaña de Occidente se vendría abajo.

No suelo estar de acuerdo con nuestros arzobispos, pero su carta a Tony Blair (salió a la luz la semana pasada) no puede ser más oportuna en todos los sentidos. Respecto de las atrocidades con los prisioneros se lee en ella que «la aparición de una doble moral reduce inevitablemente la credibilidad de los gobiernos occidentales en el pueblo de Irak y en el mundo islámico».

Podía darse por seguro que no iba a resultar fácil ganarse el apoyo de los musulmanes. Los árabes de la calle, que están convencidos de que fueron la CIA y el Mosad los que estrellaron los aviones contra las torres gemelas, están dispuestos a tragarse cualquier cosa, pero las fotos de Abu Ghraib han supuesto una humillación para las democracias. Nos han dejado mudos ante las atrocidades cometidas por otros regímenes.

La indignación del Gobierno británico ante la humillación que nuestros militares han sufrido en Irán suena hueca. Durante su visita a Gran Bretaña, el primer ministro chino apenas si fue capaz de contenerse las carcajadas cuando, en una rueda de prensa conjunta con Blair, se planteó el tema de las violaciones de los derechos humanos.

En parte, mi indignación contra el Gobierno norteamericano nace de la simpatía que siento hacia nuestro primer ministro. Ni uno solo de los dirigentes de nuestro país habría tolerado ni por un momento que se produjeran malos tratos a detenidos. Yo me sentí solidario con Blair durante la guerra cuando decidió seguir adelante en una muestra de idealismo. Gran Bretaña se alzó orgullosamente codo con codo con otros en el bando de la libertad en contra de la tiranía. Guantánamo y Abu Ghraib han supuesto una burla para todos nosotros. No obstante, Blair no ha conseguido dar una respuesta satisfactoria acerca de cuándo tuvo noticia, por primera vez, de las atrocidades, ni sobre si en algún momento ha presentado a Bush sus protestas sobre estos hechos. Cuando este tema estaba en su punto más álgido, hace algunas semanas, me dio la impresión de haber visto una mirada de terror en los ojos del primer ministro. Los que quieren derribarle deberían investigar algo más.

En el peor de los casos, me dije a mí mismo, el 11 de septiembre iba a terminar con el lamentable coqueteo de los norteamericanos con el terrorismo irlandés. Ahora se ha sabido que, hasta esta fecha, ningún sospechoso acusado de actos terroristas ha sido extraditado por los Estados Unidos, con el

argumento de que los tribunales norteamericanos no pueden confiar en la justicia británica. ¡Esta sí que es buena! Al menos es una magnífica noticia que el Tribunal Supremo de los Estados Unidos haya abierto ahora una vía para que los prisioneros de Guantánamo puedan apelar contra su encarcelamiento y para que los detenidos de nacionalidad norteamericana puedan demandar a su Gobierno.

Por otra parte, el Gobierno británico no debería haber dado tantas facilidades para extraditar a los Estados Unidos a personas a las que no se podría procesar en este país. Esto encaja en lo que los arzobispos denominan «un mayor riesgo para nuestra integridad».

La política norteamericana en Irak desde la caída de Bagdad ha sido un ejemplo de incompetencia. Donald Rumsfeld, el secretario de Defensa de los Estados Unidos, envió un número muy escaso de tropas para asegurar las fronteras o para hacerse con la gran cantidad de armas que circulaban por el país. El desmantelamiento de las fuerzas iraquíes de seguridad fue una equivocación que se podía haber previsto. El apoyo a Ahmed Chalabi para la presidencia fue un bofetón en la cara del consejo de sabios. El ataque relámpago a Faluya fue una catástrofe en el plano militar y en el diplomático. El bastante buen Gobierno provisional de Irak que asumió el poder la semana pasada se ha erigido a pesar de los Estados Unidos, no gracias a ellos.

Los Estados Unidos han echado a perder su propio objetivo bélico. Ahora les va resultar tan difícil dejar tras la ocupación una base norteamericana en Irak como hasta ahora lo ha sido mantener destacadas fuerzas en Arabia Saudí. Los garrafales errores tácticos de los estadounidenses han perjudicado sus objetivos estratégicos.

Bush no ha hecho ningún esfuerzo por ganarse el corazón y la razón de los musulmanes (exceptuando sus zalamerías hacia los turcos la semana pasada). Estados Unidos ha mostrado una indiferencia absolutamente insensata hacia el problema palestino; y eso lo digo yo, que soy un partidario más convencido de las tácticas israelíes de lo que son la mayoría. De hecho, Ariel Sharon está poniendo en práctica la retirada unilateral de Gaza debido, en parte, al débil compromiso de Bush con el mapa de ruta hacia la paz.

Empiezo a creer que sólo mediante algún sacrificio simbólico va a poder purgar Occidente las meteduras de pata de los norteamericanos. El de Rumsfeld habría sido una posibilidad si el presidente lo hubiera destituido por los horrores de Abu Ghraib. Es muy significativo que no fuera capaz de hacerlo. Ahora, sólo la derrota del Gobierno republicano será suficiente.

El senador John Kerry no impresiona. Si bien el presidente tiene dificultades para encadenar dos palabras seguidas, el candidato demócrata no es capaz de decir nada con menos de cuatro frases bien largas, lo que todavía es peor. Lo principal que se le puede achacar a Kerry -algo muy revelador- es que es incongruente. Ahora bien, ¿es que Bush lo es menos? ¿No fue elegido prometiendo reducir la intervención en el exterior y luego se implicó en dos guerras? ¿No se lanzó a la segunda con el más absoluto desprecio de las Naciones Unidas y de los tradicionales aliados de los Estados Unidos en la vieja Europa, y no anda ahora rebuscando ahora como sea su apoyo moral y material?

El elector manco de mi distrito ha sido declarado libre de cargos. Quizás el Tribunal Supremo pueda arrumbar lo de la Bahía de Guantánamo a un rincón de la Historia. Para que los Estados Unidos consigan barrer bien lejos sus recientes desgracias, el electorado va a tener que echar a este Gobierno del poder. Jamás en mi vida pensé que iba decirles esto a mis amigos norteamericanos: voten demócrata.

Michael Portillo es uno de los dirigentes más destacados y carismáticos del Partido Conservador británico de la última década y media. Fue ministro de Defensa con John Major, y en repetidas ocasiones se habló de él como eventual líder de su formación. El pasado noviembre anunció que abandonaba la política activa.